



EDUARDO
CRIVELLI
2014

GILBRAN MARIANO

Don Güero

El demócrata
“El diario de la mañana”
México D.F. 8 de septiembre de 1935

El día de ayer, a las once de la mañana, murió a la edad de 34 años el pintor y vitralista Fermín Revueltas. Conocido por su participación en los murales de la Escuela Nacional Preparatoria que por invitación del entonces Ministro de Educación José Vasconcelos se le encomendó. El duelo se realizará, tentativamente, en el Country Club de Coyoacán. Le sobreviven su viuda María Ignacia Estrada y sus dos hijos... Ya lo veía yo caminar a Don Güero del brazo de su esposa, cuando zaz, que da el ranazo y como res que azota. Naamás se agarraba el pecho Don Güero y voltiaba los ojos como borrego, ¿yo?, ¿pos quibacer? Pos arrancarme. Camerino no quiría caminar, rebuznaba y rebuznaba. Cuando bajé la loma, Doña María Ignacia llori y llori, ¿pos quihice?, pos nada, quihibacer, Don Güero

yastaba tieso tieso, mi dio ritiharta pena, él lenseñó a pintar a Luisito, yo mi quité el sombrero y me persigné; a la mejor a Don Güero no le gustó, con eso que dicían quera de esos comu... ¿comunistas?, esos meros, ya ves que esos se comen a los niños y ni creen en Dios. Pobre de la seño María, llori y llori. Le sacudía el polvo de su camisa y lo abrazaba. A mí mi dio ritiharta tristeza y Camerino inquieto, rebuzne y rebuzne. Pobre Don Güero. ¿El velorio? Creo que en Coyoacán, en una de esas casas fufurufas del Country, pero la verdad no sé. Ya mi voy porque tengo que cortar nopales y darle de tragar a mi cochi.

Aaay, Fermín, cómo te me moriste, todavía no te entierran y ya te extraño. Cuánto te quería, Fermín. Siempre fuiste hosco como esos caballos cerreros, pero eso sí, bien cariñoso. Te brillaban los ojitos cada vez que pintabas. Me acuerdo cuando te conocí, venías carcajeándote quién sabe de qué cosas, con ese “pelos engomados” que después supe que era Manuel Maples. Me viste con esos ojos tan bonitos, te acomodaste la corbata y me dijiste: “Hasta luego señorita, que le vaya bien”. Yo ni te miré, me seguí de largo. De reajo veía que Manuel te hacía la burla. A mí me gustaste, pero no te contesté para que no pensaras que era una facilota. Tenías pinta de ser de buena familia. A partir de ese momento, todos los días me esperaste afuera de la escuela. “Buenas tardes, maestra, cómo le va”, me decías. “Buenas tardes, Fermín”, te contestaba. Me acompañabas hasta el jacal donde vivía. Platicabas y platicabas de tus sueños, de los colores, de las formas de las cosas; yo a veces me sentía mal, porque no te podía seguir el ritmo de la conversación. Eso no te importaba. Cuando te despedía en la puerta me decías “te veo mañana” y te ibas sonriendo. Un día llegaste a la escuela con una nieve de piñón en la mano y me dijiste: “ya estuvo bueno, ¿no?, ¿quieres ser mi novia?”. Yo no tuve que decir sí o no, tú ya sabías la respuesta, sólo te abracé y te di un beso en la mejilla.

Otro día llegaste con todos los locos de tus amigos de la EPAL de Coyoacán e hiciste, con tablas de quién sabe dónde, un tallercito de pintura para los niños. Qué divertidas nos dábamos aquellos días.

Tres meses después me preguntaste que “cómo era eso de andar así, pues, como animalitos, cada quién por su lado”. Me dijiste que si nos casábamos el fin de semana, ante el juez, no por la iglesia. “Porque un hombre con vestido, y además soltero, qué iba a saber de casarse”. Te dije que le teníamos que avisar a tu familia. Te fuiste ese mismo día a hablar con tu papá. Regresaste bien enojado, que “a ellos qué les importaba... es mi vida... una buena mujer ni que la chingada...” Me carrereaste, “ve por un vestido, nos casamos el sábado”.

El juez llegó a casa de doña Hortensia, firmamos. Cuando preguntaron si iban a firmar tus padres, tú los declaraste “finados”, no me pareció correcto, pero no dije nada. Doña Hortensia, tan buena gente, aparte de prestarnos su casa, se puso de acuerdo con doña Efi y doña Mari para hacernos una comidita. Tus amigos Fernando, Emilio y José se atragantaron de mixiotes de borrego y pulque, risa y risa anduvieron. Manuel recitaba y recitaba sus poemas, nadie le entendía, te abrazaba a cada rato y brindaba por ti. Nosotros bailamos un vals con la grafonola Columbia que don Matías nos prestó.

Cómo te moriste mi güero, así, de repente. Con tantas cosas que hacer, los dos Silvestres están llorando, yo también. Fermín, Fermín, estás en la caja, con tus ojitos cerrados, ya no me miras. “La vida es una perra, arrastra a los jóvenes”. Ahí viene ese viejo, don Roque Corcuera, tan gordo que me cae, “Mi más sentido pésame, señora

Revueltas, de los vitrales de mi casa no se preocupe, ya se los encargué a otro”. Uuy pinche viejo. Llegaron los de Milpa Alta, voy a atenderlos.

Mi corazón se estrujó como un papel viejo, yo sólo vi mis pies caer, el sol me dio directamente en la cara. Fulminado como por un rayo. Todo corre tan aprisa cuando se cae de espaldas. Intenté sacar mi reloj para ver la hora exacta en que te dejé. Fermín, Fermín, te escuchaba. Ay, vieja, no podía contestarte, tenía la boca llena de tierra.

Siempre quise pintar mi muerte, tan placida, tan letal, escurriéndose en estos cerros plagados de nopales. Nunca pude. No me decidía, el bermellón, el azul, el ocre, el amarillo, nunca me convencieron. Además, “el autorretrato es presunción o carencia”; bueno, así me decían en Chicago. Cómo me gustaba la bohemia, con Silvestre me aventaba unas juergas, pobrecita de ti, María. Los últimos años anduve insoportable. “Sólo un año feliz en sus años tormentosos”, te escuché decirle a mi padre un día.

Mi papá, “el ingeniero José Revueltas Gutiérrez”, un personajazo de Santiago Papasquiari, Durango. Terco igual que yo, creo que por eso chocábamos tanto. “La vida es una perra, por eso hay que aprender a sacarle las pulgas”. Eso me dijo antes de despedirme en el tren que me llevaría a Texas.

Tenía razón, “la vida es una perra”, pero a veces también es justa. Mejor que yo esté en esta caja y no mi hijo Silvestre, ¿te acuerdas?, por lo del paludismo.

Ojalá me hayan acomodado la corbata y boleado los zapatos, no me gusta andar desarrapado. Ya llegó Manuel Maples con toda la palomilla, ya andan bien entonados. Manuel quiere recitar un poema, mi papá lo jala del brazo, “cuando estés en juicio, Manuel, respeta mi casa”. No lloren muchachos que a todos nos va a llevar el mismo tren. Llegaron de Milpa Alta: “Descanse en paz Don güero” y se santiguan. Doña Tencha me hace un rosario: “Mater admirabilis, ruega por él. Rosa mística, ruega por él. Torre de David, ruega por él. Torre de marfil...” Chano trajo el pulque que le pedí, lo hubieras traído hace tres días Chano, ahorita si me levanto a tomármelo se paran todos y se van.

Creo que es hora de irnos, han cerrado la tapa. ¿Qué es esta inmovilidad del vacío que atraviesa nuestras sombras? ¿Tiempo? ¿Muerte? Quién sabe, nunca me ha gustado jugarle al erudito. Vámonos a la chingada, es tarde y el camposanto lo cierran temprano.